

Hispania, LVI/2, núm. 193 (1996)

PORTUGAL Y EL FIN DE LA HEGEMONIA HISPANICA *

por

RAFAEL VALLADARES

Centro de Estudios Históricos, C.S.I.C.

RESUMEN: *El período central del siglo xvii fue el último en el que los Austrias de Madrid intentaron mantener su hegemonía en Europa. En este contexto, las rebeliones de Cataluña y Portugal de 1640 desencadenaron la crisis decisiva de la Monarquía Hispánica. El valor de la Corona lusa dentro del imperio español —no siempre tenido en cuenta— obligó a Felipe IV a intentar su recuperación sin descanso. La escasez de recursos, el desánimo general y la deficiente planificación estratégica —la obsesión por repetir el triunfo de Felipe II en 1580—, fueron las causas de aquella derrota, trascendental para los Austrias y para Europa.*

PALABRAS CLAVE. Siglo xvii, España, Portugal, Historia Militar, Hegemonía, Declive.

ABSTRACT: *The middle of the Seventeenth Century was the last period in which the Habsburgs of Madrid tried to maintain their hegemony. In this context, the rebellions of Catalonia and Portugal in 1640 caused the most important crisis in the Hispanic Monarchy. The importance of the portuguese dominions for the spanish empire forced to Philip IV to try to recover it. The shortage of resources and a wrong strategy —the obsession to repeat the succes of Philip II in 1580— were the causes of the defeat, transcendental for the Habsburg and Europe.*

KEY WORDS: Seventeenth Century, Spala, Portugal, Military History, Hegemony, Decline.

A fines de 1901, la aparición en Madrid de unos artículos de estrategia militar sobre Portugal, obra del general Modesto Navarro, provocó no sólo la suspensión de la *Revista Técnica de Infantería y Caballería*, responsable del

* Una primera versión de este trabajo fue presentada en el coloquio «*La rupture luso-castillane de 1640: L'évenement et ses effets*», organizado en París en mayo de 1992 por la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*.

desliz, sino también que el entonces ministro de la Guerra, el general Weyler, tuviera que soportar el chaparrón de las coléricas autoridades de Lisboa, obstinadas en ver en los mencionados artículos una nueva amenaza iberista. Para quien supiera algo de historia, era evidente que aquel temor hablaba con un acento remoto y, en gran medida, deudor del conflicto luso-castellano de mediados del siglo XVII¹.

El objetivo de este trabajo es reflexionar sobre los planteamientos político-militares de Madrid durante la guerra de 1640-1668 y sobre sus efectos en el declive del imperio español, hasta hoy minusvalorados. Antes conviene asentar que partimos de dos presupuestos. Primero, la guerra de 1640 ni puede, ni debe, identificarse con lo que ha dado en llamarse la *Restauração* de Portugal. Lo que engloba este término es un proceso de mayor envergadura y trascendencia que el conflicto armado que lo atravesó, y su cronología no puede ceñirse a los 27 años de guerra vividos entonces por Madrid y Lisboa. Por el contrario, el movimiento secesionista portugués respecto a la Monarquía Hispánica comenzó, por lo menos, hacia 1625-30², y no finalizó —si es que de dar una fecha se trata— hasta, también por lo menos, 1675-80, cuando la regencia del príncipe D. Pedro dio sus primeras señales de estabilidad³. La guerra, pues, sólo significó una fase más de este proceso, si bien la más prolongada y llamativa.

En segundo lugar, el planteamiento de la guerra de 1640 aquí dominante es el de la perspectiva castellana o, por decir mejor, el de la élite gubernamental que desde Madrid dirigió aquel conflicto. Esto responde al hecho de que la iniciativa militar de la guerra se mantuvo siempre, salvo contadas excepciones, en manos de Felipe IV y sus ministros: ellos, lo desearan o no, estaban llamados a planear una guerra de conquista al haber optado los portugueses por una actitud meramente defensiva⁴. Para nadie fue un secreto

¹ Los dos artículos del general Navarro, transformados en libro y no sin previa expurgación, verían la luz años después bajo el título *Estudio acerca del teatro de operaciones entre España y Portugal* (Madrid, 1915). Ya en 1902, el también general Cristovão Aires había replicado a los escritos de su homólogo español con la obra *Pela Patria! A Conquista de Portugal* (Lisboa, 1902). Sobre el iberismo —muy activo a mediados del siglo XIX—, véase LÓPEZ-CORDÓN, M. V., *El pensamiento político internacional del federalismo español (1868-1874)* (Barcelona, 1975), págs. 171-288. También, DE LA TORRE, H., *Antagonismo y fractura peninsular. España-Portugal, 1910-1919* (Madrid, 1983), y *Del «peligro español» a la amistad peninsular: España-Portugal, 1919-1930* (Madrid, 1984).

² SCHWARTZ, S. B., «The Voyage of the Vassals: Royal Power, Noble Obligations, and Merchant Capital before the Portuguese Restoration of Independence, 1624-1640», *The American Historical Review*, 96 (1991), págs. 735-762; HESPANHA, A. M., «O governo dos Austria e a «modernização» da constituição política portuguesa», *Penélope*, 2 (1989), págs. 49-73; y DE OLIVEIRA, A., *Poder e oposição política em Portugal no período filipino (1580-1640)* (Lisboa, 1990), págs. 99-159.

³ DE MELO DE MATOS, G., *A falsa história da Restauração* (Lisboa, 1938), pág. 16, y HANSON, C. A., *Economía e Sociedade no Portugal Barroco (1668-1703)* (1981) (Lisboa, 1986), págs. 89-123.

⁴ El debate de los bragancistas sobre optar por la guerra ofensiva o defensiva lo resume SA PEREIRA, C., *A Restauração vista de Espanha* (Coimbra, 1933), págs. 151-167. La precariedad de los recursos portugueses fue lo que inclinó a Lisboa a seguir la táctica defensiva, tal y como se expone en el famoso parecer que el jesuita António VIEIRA dirigió a D. João IV. Véanse sus *Cartas*

que, en última instancia, la suerte de aquel pulso entre Madrid y Lisboa dependió del esfuerzo logístico y de la planificación estratégica de las armas de Felipe IV, para quien la reconstrucción de la «Península de los Austrias» fue, desde 1640, el principal objetivo de su política y la causa de su declive final. Con la esperanza de un mejor desenlace, trataremos aquí del *arte de la guerra* en función de tres de sus principios básicos: primero, expondremos la estructura defensiva de Portugal, luego los episodios bélicos luso-españoles de la Edad Media y Moderna para, finalmente, centrarnos en el conflicto de 1640. La larga duración y la coyuntura ayudarán a perfilar algunas conclusiones.

I. LA DEFENSA ORGANIZADA

El rectángulo portugués no ha sido nunca un territorio de fácil defensa. Con 800 kilómetros de costa y 1000 de frontera terrestre, los recursos del país, poco generoso en hombres y dinero, han sido casi siempre insuficientes para una adecuada protección. Por si no bastara, los 200 kilómetros de anchura máxima en el sentido este-oeste permiten una penetración enemiga que, en general, no hallaría obstáculos naturales dignos de relevancia. El problema de cómo defender la costa y *a raia* si se carece de los medios necesarios para ello, se ha resuelto secularmente mediante alianzas con potencias navales a las que se confiaba la defensa marítima, mientras que un ejército terrestre y nacional (menos difícil de organizar y, sobre todo, menos costoso de mantener que una armada) velaba por la seguridad fronteriza. Algo tan simple en el plano militar tiene, no se olvide, serias implicaciones en el campo político⁵.

La labor primordial de las fuerzas de tierra consistía, pues, en salvaguardar «tres líneas de puntos fuertes», paralelas en relación a la frontera española. La primera coincide prácticamente con ésta, y en ella se asientan —hasta hoy— los baluartes portugueses más imponentes al opósito de los castellanos. Es el caso de Caminha —frente a La Guardia—, Valença —respecto a Tuy—, Castelo Rodrigo y Almeida —ante Ciudad Rodrigo—, Marvão —con-

(Lisboa, 1854), págs. 1-6. Puede completarse con un valioso informe de la Biblioteca Nacional de París (B.N.P.), Fondo Portugués, Ms. 26, fols. 137-150v, «Papel que Joanne Mendes de Vasconcelos deu a El-Rey Dom João IV sobre as couzas da guerra», junio de 1642. Aquí, el modelo escogido de guerra de desgaste es el de las Provincias Unidas.

⁵ Véanse, en general, GÓMEZ DE ARTECHE, J., *Geografía histórico-militar de España y Portugal* (2 vols.) (Madrid, 1859); ROLDÁN Y VIZCAÍNO, F., *Estudio estratégico de la península ibérica desde el punto de vista del ingeniero* (Madrid, 1897); MORAES SARMIENTO, J., *A defesa das costas de Portugal e a Aliança Luso-Inglesa* (Lisboa, 1903); DÍAZ DE VILLEGAS Y BUSTAMANTE, J., *Contribución al estudio estratégico de la Península* (Madrid, 1936); RIBEIRO, O., *Portugal, o Mediterrâneo e o Atlântico* (1945) (Lisboa, 1991); STANISLAWSKI, D., *The individuality of Portugal. A study in historical-political geography* (Nueva York, 1969); SANTOS, A., *La Péninsule Luso-Ibérique: enjeu stratégique* (París, 1980); y BORGES DE MACEDO, J., *História Diplomática Portuguesa. Constantes e linhas de força* (¿Lisboa?, 1987).

tra Valencia de Alcántara—, Elvas y Olivenza —mirando a Badajoz—, Castro Marim —hacia Ayamonte—, etc. El segundo eje defensivo, formado por Guarda, Abrantes, Estremoz y Évora, atraviesa longitudinalmente el centro del país y sirve de apoyo al anterior. Por último, la propia costa actúa como una tercera línea de defensa —desde Porto hasta el Algarve—. Lisboa, dada su importancia, constituye el «reducto general» a proteger mediante el anillo formado por Cascais, Torres Vedras, Santarem y Setubal ⁶. Si el enemigo quebrase los dos primeros ejes y amenazara Lisboa —lo que ocurrió cuando Felipe IV rindió Évora en mayo de 1663—, habría llegado el momento de la «guerra total».

La vertebración de Portugal en función de estos tres ejes era una realidad desde la Baja Edad Media y hoy, gracias al *Livro das Fortalezas* de Duarte de Armas, realizado hacia 1510 por encargo del celoso rey D.Manuel, sabemos de forma aproximada cuál era entonces la situación militar en la frontera lusocastellana —o cómo se pretendía que fuese ⁷. En consecuencia, es esta prodigalidad fortificadora la que explica el protagonismo de los sitios en las diversas guerras entre Castilla y Portugal. La de 1640 fue generosa en estos episodios ⁸. No debe extrañar, por tanto, la obsesión que mostraron las autoridades por reforzar los baluartes de sus respectivas divisorias durante todo el conflicto ⁹.

Pero la estructura defensiva de Portugal no se agotaba en este simple esquema de una única frontera con sus tres líneas *Maginot*. La dimensión marítima lusa —aparte del ámbito colonial, del que no se trata aquí— daba al país la relevancia que le negaba su espacio terrestre. El triángulo acotado por los vértices de Lisboa, Azores y Madeira ha supuesto un área clave para la

⁶ ROLDÁN Y VIZCAÍNO, *op. cit.*, págs. 106-113.

⁷ El original de Armas se custodia en la *casa-forte* del Archivo Nacional da Torre do Tombo (ANTT). Existe una edición reciente de la obra a cargo de M. da Silva Castelo Branco (Lisboa, 1990).

⁸ Recuérdense, por parte castellana, los asedios de Elvas (1644), Olivenza (1645), Juramenha (1662), Évora (1663), Castelo Rodrigo (1664) y Vila Viçosa (1665); por parte lusa destacaron los dos sitios de Badajoz (1657 y 1658) y el de Valencia de Alcántara (1664).

⁹ La mejor colección documental sobre las obras realizadas por el ejército castellano en la guerra de 1640 es la del oficial e ingeniero José Aparici y García (1791-1857), elaborada a partir de los fondos del Archivo General de Simancas (AGS). Las copias que hizo, de escritos y planos, pueden consultarse en el Servicio Histórico Militar de Madrid (SHM), Colección Aparici, t. XXVI, XXVII y XXVIII («Frontera de Extremadura»), XXIX («Frontera de Ciudad Rodrigo»), y XXX («Costa y Frente de Galicia»). Respecto a Portugal, la preocupación por el estado de sus fronteras obligó a recurrir a expertos italianos durante y después de la contienda, como era habitual en Europa. Véase MAGGIOROTTI, L. A., «Architetti militari italiani in Portogallo», en *Relazioni storiche fra l'Italia e il Portogallo. Memorie e documenti* (Roma, 1940), págs. 421-432. Interesante también es la obra del único ingeniero portugués que destacó en la época, SERRAO PIMENTEL, LUÍS, *Methodo Lusitanico de desenhar as fortificações das praças regulares* (Lisboa, 1680). Por lo demás, la creación de una Academia de Artillería y otra de Fortificación bajo los auspicios de D. João IV parece que no dio los frutos deseados, según GOMES TEIXEIRA, F., *História das Matemáticas em Portugal* (Lisboa, 1934), pág. 213.

navegación mundial hasta tiempos muy recientes —y aún hoy se resiste a dejar de serlo¹⁰. Con todo, la costa del Algarve, por su proximidad al Estrecho de Gibraltar, fue siempre centro de atenciones muy especiales, sin que el período de los Austrias constituyera una excepción al respecto¹¹. Por último, la conexión del sur portugués con las plazas norteafricanas de su dominio redondeaba la proyección litoral de Lisboa¹². Por ello, es fácil imaginar la complicidad de los Bragança en la turbia conjura que protagonizó el duque de Medina Sidonia en 1641, que, de tener éxito, habría asestado un golpe mortal a Felipe IV al arrebatarle el control sobre Cádiz y la embocadura del Estrecho¹³. Así se explica el alivio que causó en Madrid el saber que Ceuta y Tánger se habían declarado por el Rey Católico, y no por D. João IV, como también la exasperación que resultó del cambio de bando protagonizado por la segunda de estas plazas en 1643: ello rompía el habitual monopolio defensivo del Estrecho disfrutado por los Austrias y lo exponía a futuras intromisiones enemigas, como de hecho sucedió¹⁴.

¹⁰ MORAES SARMIENTO, *op. cit.*, págs. 8-12. Véase También DUNCAN, T. B., *Atlantic Islands. Madeira, the Azores and the Cape Verdes in the Seventeenth Century* (Chicago, 1972). Debe añadirse que durante la guerra de 1640 Lisboa temió un ataque desde Canarias contra Madeira, lo que obligó a fortificar la isla. Madrid también creyó posible una sublevación de las Canarias en favor de los Bragança: tal era el grado de integración comercial entre ambos archipiélagos. SARMIENTO, A. A., «O levantamento de D. João IV na Madeira», *Congresso do Mundo Português* (Lisboa, 1940), vol. VII, págs. 187-198.

¹¹ IRIA, A., «O Algarve sob o domínio dos Filipes (1580-1640)», *Congresso do Mundo Português* (Lisboa, 1940), vol. VI, t. I, págs. 287-310. Del mismo autor, pero de alcance más general, *Da importância geo-política do Algarve na defesa marítima de Portugal nos séculos XV a XVIII* (Lisboa, 1976). Puede completarse con CALDERÓN QUIJANO, J. A., *Las defensas del Golfo de Cádiz en la Edad Moderna* (Sevilla, 1976).

¹² HESS, A. C., *The forgotten frontier. A history of sixteenth century Ibero-African frontier* (Chicago, 1978), y ARQUES, E., *Las Adelantadas de España. Las plazas españolas del litoral africano del Mediterráneo* (Madrid, 1966).

¹³ Los temores de Madrid a que se efectuara algún «designio» portugués en el Golfo gaditano fueron una constante durante toda la guerra. Se comprende la alarma que causó el descubrimiento en Cádiz de un cargamento de armas en la vivienda de los mercaderes lusos Jorge y João de Acosta, donde también residía el almirante portugués Jorge de Freitas Mascarenhas, detenido a raíz del suceso. Archivo General de Indias (A.G.I.), Indiferente General, leg. 763, D. Bartolomé Morquecho a Felipe IV, Cádiz, 5/VI/1644.

¹⁴ Sobre Ceuta y la guerra de 1640, DE LUXAN MELÉNDEZ, S., «Contribución al estudio de los presidios españoles del Norte de África: las dificultades de la Plaza de Ceuta para abastecerse de trigo, 1640-1668», *Hispania*, 130 (1975), págs. 321-342, y «Política ceuti de Felipe IV, 1641-1644», *Hispania*, 132 (1976), págs. 175-188. Respecto a Tánger, POSAC Y MON, C., «La rebelión de Tánger de 1643», *Cuadernos de la Biblioteca Española de Tetuán* 6 (1972), págs. 79-112. La imposibilidad de defender esta plaza llevaría a Lisboa a desprenderse de ella, pese a que, en 1645, se sospechó que los portugueses planeaban tomarla como base para intentar un asalto a Cádiz e incendiar la armada allí fondeada (A.G.S., Guerra Antigua (G.A.), leg. 1615, Consejo de Guerra, 8/IV/1646). Hasta que Tánger pasó a manos inglesas en 1661, se oyeron mil rumores sobre el destino que le sería dado: posible puerto francés para organizar un desembarco en Andalucía «y encender tercer fuego en España» (A.G.S., Estado, leg. 3545, Consejo de Estado, 8/V/1646), o regalo de D. João IV a los

Poco o nada podría entenderse de la guerra de 1640 sin reseñar el papel jugado por Lisboa, la capital del reino y su ciudad más poblada —próxima entonces a los 100.000 habitantes—, metrópoli colonial y sede del gobierno de los «rebeldes». Sin embargo, en esta grandeza radicaba su vulnerabilidad, pues ni era una ciudad bien abastecida ni su ubicación la favorecía de cara a un bloqueo naval. Cuando Madrid decidió atacar a los portugueses en regla —lo que sucedió a partir de 1660—, la ausencia de una poderosa armada, capaz de asfixiar Lisboa mientras las tropas penetraban por Extremadura, constituyó, para el bando agresor de aquella guerra, la mayor tragedia logística de su historia y, desde luego, el factor capital de su derrota¹⁵. Era obvio que si un día los invasores llegasen a romper los tres ejes terrestres y a bloquear el estuario del Tajo, no habría murallas ni artillería en el mundo capaces de evitar la rendición de Portugal¹⁶.

II. UN REINO TAN VECINO: INVASIONES Y REPARTOS (1385-1815)

Es indudable que los modernos estrategas españoles que tanto han inquietado a los portugueses nutrieron sus conocimientos de las experiencias bélicas que les brindaba el pasado. De éstas sobresalían las invasiones castellanas de 1383, 1580, 1663-65, 1704, 1762, 1801 y 1807-10, y la portuguesa de 1475. La principal conclusión que podía obtenerse de ellas era que las mejores vías de penetración hacia y desde Portugal eran los pasillos de la Beira Alta, en el

holandeses o a los turcos (A.G.S., G.A., leg. 1824, el conde de Torres Vedras a Felipe IV, Ceuta, 31/1/1653). Sobre las consecuencias para Madrid de la entrega de Tánger a Inglaterra y los proyectos para recuperarla, véase nuestro estudio «Inglaterra, Tánger y el «Estrecho Compartido». Los inicios del asentamiento inglés en el Mediterráneo Occidental durante la guerra hispano-portuguesa (1641-1661)», *Hispania*, 179 (1991), págs. 965-991.

¹⁵ De ello nos hemos ocupado en «La dimensión marítima de la Empresa de Portugal. Limitación de recursos y estrategia naval en el declive de la Monarquía Hispánica (1640-1668)», *Revista de Historia Naval*, 51 (1995), págs. 19-31. El bloqueo de Lisboa efectuado por los ingleses en 1650, y los llevados a cabo por los holandeses en 1657 y 1658, demostraron que Madrid estaba en lo cierto al suponer que, con una armada de 30 unidades, podía sellarse la Boca del Tajo y forzar al gobierno portugués a negociar o rendirse. El éxito báltico fue, precisamente, lo que llevó a Felipe IV a solicitar de Holanda en 1657 la firma de un tratado que incluiría, por parte de La Haya, la obligación de bloquear Lisboa de marzo a octubre durante los próximos años. Ante las ventajas que reportaba a los holandeses una Península dividida, el poder de convicción de Madrid resultó nulo. ISRAEL, J. I., *The Dutch Republic and the Hispanic World, 1606-1661* (Oxford, 1982), págs. 408-410.

¹⁶ El nuevo régimen Bragança no olvidó proyectar defensas para su capital, algunas faraónicas —como un cinturón amurallado de 32 fuertes que, obviamente, fue imposible costear. Ante la falta de medios, se optó por reforzar el tradicional sistema de reductos marítimo-fluviales que servían de escolta a los buques hasta Lisboa. Véanse, OLIVEIRA GUIMARAES, A., «Linhas de Torres Vedras —visita parcial», y SALAZAR BRAGA, J. E., «Algumas considerações que se prendem com dois fortes da margem norte do Tejo —O Forte de S. Bruno e o de Nossa Senhora de Porto Salvo», ambos en *Segundo Congresso sobre Monumentos Militares Portugueses* (Lisboa, 1984), págs. 74-78 y 160-166, respectivamente.

Hispania, LVI/2, núm. 193 (1996) 517-539

norte (Ciudad Rodrigo-Coimbra-Lisboa), y el del Alentejo, en el sur (Badajoz-Évora/Abrantes-Lisboa). Las áreas gallega y andaluza quedaban relegadas para operaciones secundarias¹⁷.

Cada una de estas operaciones ofrecía una pequeña lección de historia militar. La invasión castellana de Juan I entre 1383-85, procedente de Ciudad Rodrigo, logró llegar fulgurantemente hasta Lisboa, ciudad que sometió a un duro asedio entre marzo y septiembre de 1384. El desastre de Aljubarrota en agosto del año siguiente, cuando Inglaterra acudió en auxilio de los portugueses, motivó el inicio de conversaciones de paz, que se desarrollaron con numerosas plazas todavía en manos castellanas. A pesar del fracaso, el éxito inicial de aquella tentativa llevó al rey luso, D.Afonso V, a invadir Castilla por este mismo sector en 1475. Con diversos avatares, el resultado fue similar al de Juan I: era la «divina retribución» por lo acaecido un siglo atrás en Aljubarrota¹⁸.

Fue la guerra de 1580 la responsable de alterar por completo este paradigma de invasión. ¿Por qué seguir el camino más largo hasta Lisboa si podía llegarse antes y mejor por el Alentejo? La existencia de una poderosa armada y un nutrido ejército daban la posibilidad a Felipe II de revolucionar la estrategia medieval en favor de otra más moderna, más audaz y, también, más arrogante. De lo que ahora se trataba era de atacar Lisboa de frente mediante un clásico movimiento en tenaza que permitiría a las tropas, desde Badajoz, romper los sucesivos ejes *Maginot*, perforándolos uno tras otro, a la vez que una gran flota bloquearía Lisboa y procedería al desembarco de refuerzos en torno al «reducto general». Además de paralizar a los portugueses, tal operación les privaría de poder recibir asistencias del exterior, con lo que la rendición del país estaba garantizada en breves semanas, como de hecho sucedió¹⁹. La guerra de 1640 revelaría, mediante el empecinado intento de repetir este esquema, que el éxito de la invasión dirigida por el duque de Alba en 1580 se había convertido en un hechizo maldito del que Felipe IV y su gobierno no consiguieron librarse.

En el contexto de la Guerra de Sucesión, las fuerzas borbónicas intentaron en 1704 —sin resultado— explorar una nueva ruta de penetración a través de la Beira Baja, es decir, en medio de los dos pasillos principales, el de Ciudad Rodrigo y el de Badajoz. Este fracaso hizo de Portugal un escenario de crucial importancia para la retaguardia austracista: los puertos del litoral luso sirvieron para el desembarque de los enemigos de Felipe V²⁰.

Con este recuerdo el conflicto de 1762 alcanzó tensiones aún mayores. En el contexto de la Guerra de los Siete Años, el ataque a Portugal pretendía

¹⁷ ROLDÁN Y VIZCAÍNO, *op. cit.*, págs. 105-106, y NAVARRO, *op. cit.*, págs. 22-27.

¹⁸ SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *Los Trastámara y los Reyes Católicos* (Madrid, 1985), págs. 38-46 y 215-220, y BORGES DE MACEDO, *op. cit.*, págs. 28-30 y 61-65.

¹⁹ ESTÉBANEZ CALDERÓN, S., *De la conquista y pérdida de Portugal* (2 vols.) (Madrid, 1885), vol. I, págs. 9-10. Para un relato más detallado de los hechos, SUÁREZ INCLÁN, J., *Guerra de anexión en Portugal durante el reinado de Felipe II* (2 vols.) (Madrid, 1897-1898).

²⁰ KAMEN, H., *La guerra de sucesión en España, 1700-1715* (Barcelona, 1974), págs. 71-95, y BORGES DE MACEDO, *op. cit.* págs. 233-234 y 239-240.

cerrar su costa a los mercantes ingleses, lo que no se logró. Sin embargo, la ruta de invasión escogida —la que arrancaba de Ciudad Rodrigo— permitió avanzar (bajo las órdenes del conde de Aranda, ex-embajador en Lisboa) hasta Castelo Branco, donde la llegada del otoño y el agotamiento de las tropas (50.000 hombres) detuvieron las operaciones. El objetivo de éstas era cruzar el Tajo por Abrantes y tomar la capital del reino, asolada por el terremoto de 1755. Pese al fracaso, el espectacular avance del ejército de Carlos III sirvió para conjurar los fantasmas de 1640 y revalidó la superioridad de la vieja ruta castellana sobre la de Extremadura. Como afirmó entonces Aranda, «la guerra pasada será un documento precioso que enseñará cómo debe hacerse la guerra de Portugal»²¹.

No hay duda de que la fecha de 1762 señaló un hito en las relaciones entre Madrid y Lisboa. No sólo se desempolvieron añosas publicaciones de la guerra del 40, en un intento de reavivar los ánimos, sino que aparecieron otras de marcado signo utilitarista y de aplicación inequívocamente militar²². Mientras los portugueses se afanaban más que nunca en asegurar la alianza inglesa, el gobierno español se replanteó muy seriamente la «necesidad defensiva» de reintegrar a Portugal en una España que, sin él, se percibía como inacabada. No es extraño que en 1776, al inicio de la crisis anglo-española a que dio lugar la sublevación norteamericana, Carlos III encargase al experimentado conde de Aranda la elaboración de un proyecto para invadir Portugal ante la impotencia coyuntural de su protector británico²³. Es fácil imaginar que estos papeles fueran revisados al advenimiento de la era napoleónica.

Desde la paz de Basilea de 1795 la amistad de España con el resurgente poder militar francés llevó a Madrid a hacer nuevas cábalas sobre Portugal.

²¹ OLAECHEA, R., *El Conde de Aranda* (2 vols.) (Zaragoza, 1978), vol. I, págs. 17-24.

²² Dentro del primer grupo está la obra *Campaña de Portugal por la parte de Extremadura en el año de 1662 executada por el Serenísimo Señor Don Juan de Austria*, escrita y publicada en 1663 por el portugués felipista Jerónimo de Mascarenhas y reeditada en Madrid en 1762. Dentro del segundo ocupa un lugar destacado la *Noticia geográfica del reino y caminos de Portugal*, de D. José RODRÍGUEZ DE CAMPOMANES —a la sazón Director General de Correos—, aparecida también en la misma ciudad y año. Este libro va más allá de su cometido *postal*, ya que da cuenta de las posibles rutas de invasión, distancias, accidentes geográficos y avatares históricos relacionados con las guerras luso-españolas.

²³ Según este plan, Aranda (en aquella altura embajador en París) concebía que una guerra con Portugal debía responder a uno de estos dos objetivos: obligar a Lisboa a negociar un tratado favorable a Madrid, o anexionarse el reino. Para cualquiera de estos fines, existían dos modos de entrar en el país vecino: bien desde Ciudad Rodrigo —la ruta que él mismo había seguido en 1762 y que ahora volvía a proponer—, bien desde Badajoz, opción desechable a causa de su mayor dificultad. En todo caso, la toma de Lisboa se juzgaba inexcusable. Archivo Histórico Nacional, Madrid (A.H.N.), Estado, leg. 2841, documento 4, fols. 55v-77, «Discurso sobre rompimiento con Portugal en 1776», París, 8/VIII/1776. También, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid (A.M.A.E.), Ms. 150, fols. 44-47v, «Informe sobre la conquista de Portugal en 1775 por el Sr. Cevallos». Se trata del general Pedro de Ceballos Cortés y Calderón, ex-gobernador de Buenos Aires y futuro virrey del Río de la Plata, quien ya acumulaba sobrada experiencia sobre los conflictos coloniales hispano-portugueses.

¿Por qué no aprovechar la buena relación con París para obtener la revancha sobre el vecino? En 1800, el académico de la Historia D. José Cornide, entonces en Lisboa, recibió el encargo de elaborar una «relación topográfica y estadística» de Portugal. La fortuna de este escrito —*Estado de Portugal en el año de 1800*— revela que el interés de Madrid para que se llevara a efecto no era inocente²⁴. De hecho, el gobierno no autorizó darlo a la estampa, para disgusto del autor y de la docta Real Academia. No obstante, su valiosa información, celosamente guardada, es probable que fuese de alguna o mucha utilidad para las operaciones militares de comienzos de siglo²⁵. Aun así, la victoria española frente a Portugal en la Guerra de las Naranjas de 1801 —que le valió a Madrid la anexión de Olivenza, una de las plazas más importantes del «primer eje»—, y la exitosa entrada hispano-francesa de 1807, tuvieron como causa de su avance no tanto la acertada elección de la ruta (Extremadura en ambos casos), como lo abultado del contingente invasor —superior a los 60.000 hombres. Éste, por primera vez en muchos años, cayó sobre un Portugal desasistido por su aliado británico²⁶.

La conquista no fue, por lo demás, el único medio de «resolver» las diferencias entre los vecinos peninsulares. Quedaba aún el recurso a una segunda fórmula: el reparto del enemigo con un tercer invitado a la discordia. Tales arbitrios, lógicamente, sólo se plantearon en momentos de crisis extrema, y huelga decir que fueron practicados tanto por Madrid como por Lisboa y siempre con resultado nulo. Si en 1475 —en plena guerra civil castellana— Portugal pactó con Francia la cesión de Cataluña a

²⁴ D. José Andrés Cornide y Saavedra (1734-1803) contaba con experiencia en este tipo de empresas, como autor que era de otras dos significativas obras, actualmente reeditadas: *Ensayo de una descripción física de España* (Barcelona, 1983), y *Descripción circunstanciada de la costa de Galicia, raya por donde confina con el inmediato Reino de Portugal, hecha en el año de 1764* (La Coruña, 1991). Su *Estado de Portugal en el año de 1800*, al que ahora nos referimos, puede consultarse en el *MEMORIAL HISTÓRICO ESPAÑOL*, t. XXVI, XXVII y XXVIII (Madrid, 1893-1897), con una nota aclaratoria a cargo de A. Sánchez Moguel, que constituye hasta hoy su única edición.

²⁵ En su obra, Cornide abogaba por la ruta de la Beira como la más apropiada para invadir Portugal, y deploraba la de Extremadura, que «ha sido siempre el teatro de los triunfos portugueses y de las desgracias de los españoles». Respecto al éxito atípico de Alba en 1580 por esta zona, Cornide no olvidaba señalar que en ella el duque «halló muchos partidarios del dominio español, y en Setubal una poderosa Armada que le condujo a la playa de Cascaes, y en Lisboa un enemigo débil, que era el Prior de Ocrato; la felicidad del Duque de Alba no debe borrar de nuestra memoria las desgracias de D. Juan de Austria y D. Luis de Haro». *Estado de Portugal en el año de 1800*, vol. XXVIII, págs. 10-11.

²⁶ Sobre los acontecimientos de estos años, véanse SOTO Y ABBACH DE, S. M., (Conde de Clonard), *Historia de las armas de infantería y caballería españolas* (8 vols.) (Madrid, 1851), vol. IV, págs. 428-431; CESAR, V., *Breve estudo sobre a invasão franco-espanhola de 1807 em Portugal* (Lisboa, 1903); IRIA, A., *A invasão de Junot no Algarve* (Lisboa, 1941); HOWARD, D. D., *The French Invasion of Portugal, 1810-1811* (Tesis Doctoral, Universidad de Minnesota, 1962; Ann Arbor, University Microfilms International, 1986); y BORGES DE MACEDO, J. F., *O bloqueio continental. Economia e Guerra Peninsular* (Lisboa, 1990; 2.ª ed.).

cambio de anexionarse él Castilla, Aragón y Valencia ²⁷, en 1703 —Guerra de Sucesión— Lisboa, nuevamente, negoció su apoyo contra los Borbones con la esperanza de obtener del bando aliado ventajas en ultramar y un considerable rosario de plazas españolas, entre ellas Vigo y Badajoz ²⁸. Pero, sin lugar a dudas, fue el tratado hispano-francés de Fontainebleau (1807) el principal hito de aquel tejer y destejer fronteras. Como se sabe, lo acordado fue dividir Portugal en un «Reino de la Lusitania Septentrional», un «Principado de los Algarves» —para disfrute de Manuel Godoy, el ministro de Carlos IV— más un grupo de territorios en torno a Lisboa, que serían utilizados para negociar con Inglaterra la devolución de Gibraltar a España o para cedérselos a la despojada Casa de Bragança en régimen de protectorado franco-español ²⁹.

Resulta evidente que la «lógica del reparto» se impone cuando la rivalidad entre potencias no puede solventarse con la imposición de una de ellas. Aun así, la razón por la que se llegó al tratado de 1807 —al margen de la presión coyuntural vivida por España a la sombra de Napoleón—, tal vez pueda explicarse por la frustración que el iberismo borbónico del Setecientos — hasta hoy prácticamente ignorado— experimentó durante aquel siglo. Atrapado entre Inglaterra y Francia, el gobierno español no acabó nunca de sentirse a gusto en el nuevo papel que se le había asignado en Utrecht, consciente, además, de que ninguna de estas potencias consentiría la reunificación peninsular. El mismo conde de Aranda, acérrimo iberista, reflexionaba desde su puesto de embajador en París sobre los límites que Francia ponía a la gloria española: «Entiendo que la España, sin el Portugal, no será potencia igual que otras, y que con él pudiera serlo superior. Reunida la Península y sujeta a una sola frontera, nadie podría navegar del Océano al Mediterráneo sin necesitar de sus puertos. ¡Qué millones en sus tesoros, qué ejército formidable, qué escuadras la harían la primera potencia de Europa! De lo anterior se colige que nunca querrá la Francia la incorporación del Portugal en España» ³⁰. En esto no se equivocó.

A decir verdad, el balance de tres siglos de relaciones luso-españolas no resultaba muy tranquilizador para el vecino portugués: nadie en su sano juicio se atrevería a negar la existencia del «peligro español». La cuestión se complica aún más si se repara en que la tendencia de Madrid a incluir a Portugal entre sus dominios no puede explicarse sólo por una incorregible obstinación imperialista. La experiencia de la Guerra de Sucesión había confirmado el viejo temor de que un Portugal escindido y débil podría, llegado el caso, transformarse en una fisura por donde los enemigos harían acto de presencia. Este aspecto del *idearium* unionista castellano —Portugal debía

²⁷ SUÁREZ FERNÁNDEZ, L., *op. cit.*, págs. 145-146.

²⁸ Las demás eran Alburquerque, Valencia de Alcántara, La Guardia, Tuy y Bayona. F. de ALMEIDA, *História de Portugal* (Coimbra, 1925), t. IV, pág. 251.

²⁹ BORGES DE MACEDO, *História Diplomática Portuguesa*, pág. 352.

³⁰ A.H.N., Estado, leg. 2841, documento 4, «Correspondencia del Conde de Aranda sobre rompimiento con Portugal», París, 18/X/1775.

ser parte de la histórica *Hispania*, no para agredir a terceros, sino para protegerse a sí misma—, ya se había manifestado con fuerza en vísperas de la apoteosis filipina de 1580³¹, y sería —como veremos— repetido hasta la saciedad durante la guerra del 40. Ahora, lo que hacía percibir esta cuestión como un «gran problema» era el cambio experimentado por Madrid que, de ostentar la hegemonía europea y disfrutar, como antes de 1580, de unas relaciones fluidas con Lisboa, había pasado a ser una potencia de segundo orden, sometida en parte a Francia y obligada a compartir la Península con un vecino hostil tutelado por el poder naval británico. En Madrid se creía que una Iberia partida en dos sólo haría el juego a sus enemigos, pues, si bien los intereses de Portugal y España no eran en todo coincidentes, en materias como el comercio colonial y la política exterior sí presentaban objetivos comunes. Desde luego, tras 1640 y durante el siglo XVIII ninguno de los dos países salió muy favorecido en estos campos³².

Así, desde su Corte en Castilla los reyes españoles no fueron capaces de superar la visión de una *Hispania* mutilada ni la de un Portugal que, escindido, consideraban una amenaza potencial para el conjunto de entidades que gobernaban. Mientras el ideal de «provincia cerrada» no volviera a cristalizar, Madrid no dejaría de mirar hacia Lisboa con los ojos de la memoria clavados en 1580, reinventando una y otra vez la añorada —y un día real— «Península de los Austrias». Que el supuesto peligro de un Portugal independiente era muy inferior a lo creído por Madrid, hoy resulta una evidencia, pero entonces no lo fue tanto.

Por ello, es probable que no todos los ministros de Carlos III compartiesen el sentir del conde de Aranda sobre Portugal, aunque puede intuirse que tampoco estarían, los más tibios, muy lejos de él. Y esta persistencia del componente iberista obliga a replantear si el diálogo entre la Casa de Austria y la de Borbón consistió sólo en un puro reproche por parte de ésta respecto a la inutilidad de las empresas bélicas de aquélla, o si, por el contrario, existieron elementos de aquel entramado hegemónico que sobrevivieron a su época, traspasando con una fuerza invisible la tumba del último rey Habsburgo.

III. LA GUERRA DE 1640

Si hay un hecho del que no puede dudarse es sobre la falta de interés que mostraron los reinos peninsulares del Cuarto Felipe en la reconquista de Por-

³¹ BOUZA ÁLVAREZ, F., *Portugal en la Monarquía Hispánica (1580-1640)* (2 vols.) (Madrid, 1987), vol. I, págs. 72-73.

³² Pueden compararse los trabajos de V. RAU «Política económica e mercantilismo na correspondencia de Duarte Ribeiro de Macedo (1668-1676)», separata de *Do Tempo e da História*, vol. II, núm. 20, Lisboa, 1968, y FERNÁNDEZ DE PINEDO, E., «Comercio colonial y semiperiferización de la Monarquía Hispánica en la segunda mitad del siglo XVII», *Areas*, Número Extraordinario, 1986, págs. 121-131.

tugal³³. A diferencia de lo sucedido con la «Empresa de Cataluña» —territorio presente en la unión dinástica de los Reyes Católicos—, la reintegración portuguesa se veía como algo indeseable o, cuando menos, no apetecible, no sólo desde la óptica de los castellanos sino, muy especialmente, desde la del resto de la periferia peninsular. En ello influyó el cansancio global de los reinos pero, sobre todo, la distinta percepción que existía del «problema portugués» por parte de la Corona, de un lado, y de la población, de otro. Para la primera, recuperar Lisboa era una necesidad inexcusable; para la segunda, aquella empresa era sólo un gesto más del imperialismo *non grato* ejercido por Madrid, el mismo que había embarcado a los reinos de la Monarquía en otras operaciones igualmente dañinas e imposibles de financiar³⁴.

Si el divorcio entre el monarca y sus vasallos alcanzó tal dimensión, es lógico preguntarse cuáles fueron los motivos que llevaron a la Corona a luchar tan obstinadamente por la reintegración de Portugal. Desde luego, el principal y casi único argumento que sostenía este interés se basó en una especie de «geopolítica de la supervivencia» de la que los Austrias, a lo largo de su declive, no supieron o no quisieron desprenderse. Según este principio, se entendía que Portugal y sus *conquistas* reunían un todo que aportaba a la Monarquía seguridad, riqueza y prestigio a partes iguales. En consecuencia, su pérdida provocaría en el sistema imperial un aumento de vulnerabilidad, le restaría ingresos y lo devaluaría en la escena europea, haciéndolo caer en

³³ Sobre la guerra de 1640 pueden consultarse las obras siguientes: CORTÉS CORTÉS, F., *El Real Ejército de Extremadura en la Guerra de la Restauración de Portugal (1640-1668)* (Cáceres, 1985), y *Guerra e pressão militar nas terras de fronteira* (Lisboa, 1990); también WHITE, L.G., *War and Government in a Castilian Province: Extremadura, 1640-1668* (Tesis Doctoral inédita, East Anglia University, 1985; de ella ha sido extraído el artículo «Actitudes civiles hacia la guerra en Extremadura (1640-1668)», *Revista de Estudios Extremeños*, XLIV (1987), págs. 487-501). Para Galicia, a falta de un estudio riguroso, véase FERNÁNDEZ ALONSO, B., *Guerra Hispano-Lusitana* (Orense, 1894). Para Andalucía, NÚÑEZ ROLDAS, F., «De la crisis de 1640 a la Guerra de Sucesión en la frontera luso-onubense. Las razzias portuguesas y sus repercusiones socioeconómicas», *Andalucía Moderna* (Córdoba, 1980), vol. II, págs. 117-130. Para Castilla, se encuentra en vías de publicación nuestro estudio *La guerra olvidada. Ciudad Rodrigo y su comarca durante la Restauración de Portugal (1640-1668)*.

³⁴ Cuando en 1660 se decidió afrontar la recuperación de Portugal, las áreas forales pusieron grandes impedimentos a la hora de contribuir para la guerra. Por ejemplo, ante la negativa de la Corona de Aragón a las peticiones hechas por Madrid con este fin, el Consejo de Guerra señalaba a Felipe IV que debía insistirse en ello, pues Castilla había dado «grandes tesoros» para recuperar Cataluña, «cuerpo tan principal de la Corona de Aragón». A.G.S., Guerra Antigua, leg. 1956, Consejo de Guerra, 3/XII/1660. Véase también, ARMILLAS VICENTE, J. A., «Acción militar del Estado aragonés contra Portugal (1475-1477 y 1664-1665)», *Revista Estudios*, 79 (1979), págs. 209-229. Respecto a Navarra, la correspondencia entre Felipe IV y su virrey en Pamplona durante los años 1661-1663, habla de las dificultades que tuvo Madrid para arrancar a las Cortes de aquel reino algún dinero con destino a Portugal. British Library (B.L.), Colección Additional, Ms. 28.443, fols. 5-231. Finalmente, en Andalucía se produjeron motines de consideración ante la presión de los alojamientos militares. Un ejemplo —en Arcos de la Frontera, con un balance de 56 víctimas entre muertos y heridos— en AGS, Guerra Antigua, leg. 1956, Consejo de Guerra, 27/VIII/1660.

una espiral de contracción irreversible a manos de sus enemigos. Eran las mismas ideas que se habían escuchado desde Felipe II, sólo que ahora las circunstancias eran muy diferentes ³⁵.

Quienes comulgaban con estas ideas no ahorraron palabras para resaltar tanto la importancia de Portugal dentro de la Monarquía como el peligro que supondría su permanencia fuera de ella. Hacia 1648, un militar luso pro-austriaco afirmaba que valía más «una piedra de Portugal que todo el reino de Nápoles, porque no reduciéndose esta Corona no queda Su Majestad con la Monarquía de España, sino con parte de ella» ³⁶. En 1651 el marqués de Velada iba más lejos al concluir que «en la guerra de Flandes, en la de Italia y en la de Cataluña se disputa un pedazo de país y una plaza de más o de menos, pero en la de Portugal le va a Vuestra Majestad un gran Reino en la sustancia», a la vez que el conde de Peñaranda sentenciaba rotundo que «el único interés grande de Estado de esta Monarquía es la recuperación de Portugal, siendo los otros intereses obras de poco más o menos en comparación con Portugal, donde se trata de recuperar un Reino que, con sus dependencias, merece nombre de Monarquía entera» ³⁷. Diez años después, el marqués de Caracena resumía todo lo anterior en una frase que debió de helar la sangre de Felipe IV: «Sin Portugal es casi imposible que subsista la Monarquía de Vuestra Majestad o, por lo menos, que vuelva a su primera grandeza» ³⁸. El mismo Caracena, mortificado por hallarse al frente del ejército de Extremadura desde 1664, clamaría hasta el final de la guerra para acabar con los Bragança, de cuyo triunfo sólo podría seguirse la ruina terminal de los Austrias ³⁹. Sería tam-

³⁵ Sobre estos y otros argumentos véanse, ALCALÁ-ZAMORA, J., «En torno a los planteamientos hegemónicos de la Monarquía Hispánica de los Felipes», *Revista de la Universidad de Madrid*, XIX (1970), págs. 57-106, y ELLIOTT, J. H., «Política exterior y crisis interna: España, 1598-1700», *España y su mundo, 1500-1700* (Madrid, 1990), págs. 146-171.

³⁶ Y añadía sin empacho: «¿Qué importa más, las Indias del Oriente y Occidente o Portugal? Cualquier parte de España es de más consecuencia que las dos Indias». Biblioteca Nacional de Madrid (B.N.M.), Ms. 2373, fols. 167-167v, «Manifiesto sobre la conquista de Portugal por D.Manuel Suárez Dragón de Villegas».

³⁷ AGS, Estado, leg. 2527, Consejo de Estado, 5/VIII/1651.

³⁸ Archivo de la Casa Ducal de Alba, Madrid (A.C.D.A.), Carpio, caja 234-1, el marqués de Caracena a Felipe IV, Bruselas, 1/I/1661.

³⁹ En 1666, desde su puesto en Badajoz, Caracena se dirigió a la Reina Regente en estos términos: «Considerando el daño que recibirá esta Monarquía de la desmembración de una parte tan principal de España, y de conquistas tan considerables como el Brasil, y lo que aquella Corona goza en la India Oriental, y que queda esta espina siempre dentro de España y que ha de procurar el que fuere Rey de aquella Corona no se aumente ésta, con que los enemigos de esta Monarquía tendrán fácil acogida en sus puertos para damnificar los nuestros, así en España como en las Indias, procurándonos quitar aquel solo comercio que nos ha quedado; debiéndose también considerar el gran descrédito que sería para esta Monarquía [hacer la paz con Portugal], pues, además de quitar a esta Corona una piedra tan preciosa y estimable, sería recibir la ley de un tirano». Documento reproducido por CÁNOVAS DEL CASTILLOS, A., *Estudios del reinado de Felipe IV* (2 tomos) (Madrid, 1888), t. I, págs. 360-361.

bién por estas fechas cuando el debate sobre Portugal alcanzaría su punto álgido en Madrid ⁴⁰.

Pese a esta nítida conciencia de lo que Portugal suponía para los Habsburgo, parece que ni la ciencia militar ni la cartográfica se vieron muy estimuladas por la guerra de 1640. Lo primero resulta comprensible, pues hasta 1657 la raya portuguesa fue cualquier cosa menos un frente de lucha ⁴¹. Lo segundo tal vez sorprenda más, dado que el mismo Felipe IV se confesó *inclinado* al estudio de la geografía y cuidó de dar a su hijo, el príncipe Baltasar Carlos, idéntica formación ⁴². Todo lleva a creer que los significativos avances cartográficos logrados bajo Felipe II no habían despertado excesivas vocaciones entre los súbditos de su hijo y su nieto ⁴³.

Aun así, pocos años antes de la sublevación bragancista Madrid hizo intento de cartografiar su reino portugués. En 1638 el duque de Villahermosa recibió la orden de dirigir un cuestionario a los corregidores lusos para, en principio, obtener datos conducentes a la elaboración de un *roteiro*, o itinerario de las principales vías del país, aunque es fácil sospechar que no fue este el único objetivo. Las *relações* originales a que dio lugar aquella encuesta fueron enviadas a Madrid, si bien incompletas, lo que no ha de extrañar si se

⁴⁰ Véase al respecto JOVER ZAMORA, J. M., «Tres actitudes ante el Portugal Restaurado», *Hispania*, X (1950), págs. 104-170.

⁴¹ No obstante, debe destacarse la obra del capitán Diego ENRIQUES DE VILLEGAS, portugués felipista residente en Madrid, autor de títulos como *Levas de gente de guerra* (Madrid, 1647), *Aula militar y políticas ideas de C. Julio César* (Madrid, 1649), y *Academia de fortificación de plazas* (Madrid, 1651), que representan los tres primeros tomos de los catorce que debían haber formado sus *Elementos Militares*, ambicioso proyecto que, de haberse llevado a la práctica, «hubiera constituido un tratado completo de milicia, el único en su género en aquella época». DE LAIGLESIA CARNICERO, E., *El Capitán de Corazas Don Diego Enríquez de Villegas, tratadista de milicias* (Madrid, 1884), pág. 20. (Laiglesia no dice que su homenajeado capitán fuera portugués). Tratadista de aquellos años fue también Francisco DÁVILA OREJON, quien, en su *Política y mecánica militar para Sargento Mayor de Tercio* (Bruselas, 1667), da cuenta de las últimas campañas de la guerra de Portugal, en las que se halló.

⁴² En el famoso prólogo que escribió el monarca para la traducción —igualmente realizada por él— de la *Historia de Italia* de Francesco Guicciardini, puede leerse: «Estudí con mucha particularidad y noticias generales de Historia, la Geografía, en que con gran inclinación me puse en estado de poder discurrir sobre todo lo universal». CÁNOVAS DEL CASTILLO, *op. cit.*, t. I, págs. 236-237. Quien enseñó al futuro Felipe IV a descifrar los mapas fue el célebre cosmógrafo luso João Baptista de Lavanha. Respecto al príncipe Baltasar Carlos, el embajador de Florencia en Madrid dejó testimonio de la admiración que causaba el conocimiento que en este campo poseía el heredero de la Monarquía Hispánica con sólo once años de edad. En una sesión preparada para el enviado de Dinamarca, «tra le oltre cose in che mostrò il suo sapere, definíó la sfera, sue parti, circoli et moi, descrissó il mondo e tutti i suoi regni, provincie di terra e mare, fiumi, monti, città, distanze, gradi, ed in particolare di Europa feci puntualissima discrizone di suoi rè, principi, Republiche, forzi et costumi». Archivio di Stato di Firenze (A.S.F.), Mediceo, filza 4965, O. Pucci al Gran Duque de Toscana, Madrid, 24/IV/1641. Exageraciones aparte, no hay duda de que la geografía era parte sustancial en la formación de los príncipes europeos —sobre todo en aquellos relacionados con los jesuitas.

⁴³ Una visión general puede encontrarse en PARKER, G., «Maps and ministers: the Spanish Habsburgs», *Monarchs, Maps and Ministers. The Emergence of Cartography as a Tool of Government in Early Modern Europe* (D. Buisseret ed.), Chicago, 1992, págs. 124-152.

tiene en cuenta el enrarecido ambiente que dominó el último período del Portugal Habsburgo ⁴⁴. En cualquier caso, la fecha de este cometido coincide con la última ofensiva centralista que el Conde Duque emprendió en Portugal tras los motines de 1637, lo que habla por sí solo.

Sin embargo, tal vez aquel esfuerzo no resultó del todo inútil. Según recoge en sus *Memorias* el antiolivarista Novoa, a poco de saberse la aclamación del duque de Bragança Felipe IV mandó llevar a su despacho «la carta de la descripción de Portugal de Teixeira, y por allí comenzaron a reconocer el Reino, como si no lo hubieran tenido» ⁴⁵. Si esta carta, obra de Pedro Teixeira, fue elaborada (al menos en parte) con los informes recabados en 1638, es algo difícil de saber. Lo cierto es que el único mapa de Portugal digno de este nombre realizado durante la guerra apareció atribuido al ya citado Teixeira, cartógrafo luso al servicio de Felipe IV ⁴⁶. El otro intento que conocemos corresponde al también portugués D. António da Cunha y Andrada, tal vez almirante y autor de una serie de mapas sobre la costa de Portugal realizados para Olivares en 1641 con singular precisión ⁴⁷. Tampoco en Lisboa proliferaron los avances en este campo, si exceptuamos otra colección de mapas sobre el litoral luso, contrapunto de la de Andrada y efectuada por otro miembro de la prolífica dinastía Teixeira, tal vez hermano del anterior ⁴⁸. Parece, pues, que la cartografía

⁴⁴ CASTRO, João Bautista de, *Mappa de Portugal Antigo e Moderno*, t. III (Lisboa, 1763), págs. 2-3 del *Roteiro terrestre de Portugal* (1748), añadido al final. Parece que había una copia de estas relaciones en la biblioteca del convento de *Nossa Senhora da Graça* de Lisboa, ya que el mismo Castro dice haberlas consultado. Es probable que desaparecieran con el terremoto de 1755. Sobre los originales remitidos a Madrid ignoramos su paradero.

⁴⁵ NOVOA de, *Memorias*, en *COLECCION DE DOCUMENTOS INEDITOS PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA*, vol. 80 (Madrid, 1883), pág. 396.

⁴⁶ Se trató, en realidad, de una copia mejorada del que el también portugués Fernando Alvares Seco había hecho imprimir en Venecia en 1561. Al respecto, ROMERO MAGALHAES, J., «As descrições geográficas de Portugal: 1500-1650. Esboço de problemas», *Revista de História Económica e Social*, 5 (1980), págs. 15-56. El mapa de Teixeira, conservado en la BNM, fue grabado por Marcos Orozco en 1662 a partir de los dibujos hechos por el cartógrafo luso. De este mapa se escribió un siglo después que «sirvió para las Campañas de Don Juan de Austria en Portugal». RODRIGUEZ DE CAMPOMANES, *Noticia geográfica del Reino y caminos de Portugal*, Prólogo (sin paginar). Sobre el otro gran trabajo de Teixeira —una relación de todo el litoral ibérico llevada a cabo en 1630—, véase BLÁZQUEZ, A., «Descripción de las costas y puertos de España de Pedro Texeira Albornas», *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, LII (1910), págs. 36-138 y 180-233.

⁴⁷ Los planos —y el proyecto sobre el bloqueo de Portugal que les acompaña— pueden verse en la B.N.M., Ms. 1422, «Descripción de las Costas de Portugal desde Galicia a Ayamonte». La habilidad cartográfica de Andrada debió de ser notable, pues, en fecha desconocida, también le fue encargada la elaboración de un detallado «cuadro de Pernambuco». A.H.N., Universidades (Complutense), Colección Miscelánea, Libro 1190, fol. 155.

⁴⁸ TEIXEIRA, João, *Descrição dos Portos marítimos do Reyno de Portugal. Anno 1648*. Biblioteca Nacional Central de Florencia, Colección Palatina, Ms. 1044. Sobre esta obra, véase G. CARACI, «Appunti sui cartografi portoghesi Teixeira», *Bibliofilia* (Florencia), XLIV (1942), págs. 32-38, en especial pág. 36. Caraci ignora el contexto político de esta colección, que aquí destacamos. En la monumental *Portugaliae Monumenta Cartographica*, vol. IV (Lisboa, 1960), págs. 141-143, este ejemplar, del que existen varias copias, se daba por perdido.

peninsular no estaba en su mejor momento. En 1660 el Consejo de Estado se lamentaba de que el célebre João Baptista de Lavanha, servidor de Felipe II, había dejado «*hechos los designios de todas las Provincias de estos Reinos con grande estudio y curiosidad*», pero no sólo no se habían «*pasado a la imprenta*», sino que además «*ni se sabe dónde pararon los papeles*», por lo que se aconsejaba a Felipe IV que mandase localizarlos e imprimirlos con el fin de contrarrestar el protagonismo cartográfico que Francia estaba tomando en las publicaciones europeas⁴⁹. Lo cierto es que hasta la guerra de 1762 Madrid no volvió a interesarse por actualizar sus conocimientos geográficos sobre Portugal, y con fines no precisamente científicos⁵⁰.

La ausencia de una cartografía portuguesa durante la guerra de 1640 no significa que no se conociera bien la Península o que esto fuese motivo de fracasos militares, como los que, de hecho, tuvieron lugar. Por el contrario, los proyectos bélicos sobre Portugal que Felipe IV amontonó en su mesa revelan que no fue sabiduría ni experiencia lo que faltó a los estrategas leales a su persona. Además, la larga duración del conflicto jugó a favor de los dos bandos, que dispusieron de todo el tiempo del mundo para reunir información sobre el enemigo⁵¹. Así, en 1641 el Rey Católico mandó efectuar a un par de ingenieros italianos un recorrido por el Tajo para comprobar su navegabilidad entre Toledo y Lisboa, si bien, por motivos obvios, los expedicionarios tuvieron que suspender su viaje en la frontera lusa. La vieja idea de unir la Corte con Lisboa por vía fluvial fue acariciada por Olivares, y tal parece que fue la causa de esta exploración que, no obstante, en 1641 adquirió un sospechoso tinte militar⁵². Curiosidades aparte, la guerra de Cataluña no dejó actuar a Madrid hasta pasados casi veinte años desde la rebelión⁵³. Se pensaba, entre

⁴⁹ A.G.S., Estado, leg. 3283, Consejo de Estado, 1/VII/1660. Efectivamente: bajo Richelieu y, más aún, con Luis XIV, Francia hizo de la cartografía uno de sus instrumentos de propaganda favoritos. A las *Cartes générales de toutes les parties du monde* (París, 1658), obra de Nicolas SAUSON, siguió el gran *Atlas Nouveau* (París, 1681), de su hijo Guillaume. Pero fue Pierre DUVAL quien mejor sirvió a los intereses del irredentismo solar de Luis XIV con varias de sus publicaciones. Véanse al respecto, BUISSET, D., «The use of maps and plans by the government of Richelieu», *Proceedings of the Western Society for French History*, XIV (1987), págs. 40-46, y JACOB, C., *L'empire des cartes. Approche théorique de la cartographie à travers l'histoire* (París, 1992), págs. 79-80, 103-104 y 409-410.

⁵⁰ Lo narra CORNIDE en su *Estado de Portugal en el año de 1800*, vol. XXVI, págs. 3-4.

⁵¹ CORTES CORTES, F., *Espionagem e contra-espionagem numa guerra peninsular, 1640-1668* (Lisboa, 1989). También, Biblioteca del Palacio de Ajuda, Lisboa (B.P.A.), Ms. 51-VIII-41, «Libro de Boletines e Inteligencias con Castilla, 1652-1660».

⁵² Los datos en CABANES, F. X. de, *Memoria que tiene por objeto manifestar la posibilidad y facilidad de hacer navegable el río Tajo desde Aranjuez hasta el Atlántico* (Madrid, 1829), págs. 89-90. Los responsables del reconocimiento —llevado a cabo entre febrero y marzo del 41— fueron Luis Carducci y Giulio Martelli. Si, como parece, las órdenes fueron dadas antes de la sublevación bragancista, estaríamos ante otra tentativa de Olivares para aproximar Castilla y Portugal mediante el antiguo proyecto de Felipe II.

⁵³ El debate sobre priorizar el frente de Cataluña o el de Portugal fue muy intenso entre 1641-1642. Como ejemplo señero, A.G.S., Estado, leg. 2666, Consejo de Estado, 22/XII/1642. Contra lo

otras cosas, que una vez rendido el Principado no sería difícil recobrar Portugal ⁵⁴. Así, pese a los momentos en que pareció existir una buena oportunidad para volver las armas hacia el oeste —como en 1653, según el embajador español en Londres, o en 1659, a juicio del valido real, D.Luis de Haro ⁵⁵—, el hecho fue que hasta 1663 no fue posible afrontar aquella empresa con un mínimo de dignidad logística.

Sin embargo, es cierto que en 1657 Madrid orquestó una breve campaña (aunque aparatosa) en respuesta al sitio luso de Badajoz de aquella primavera, de lo que resultó la toma de Olivenza por las armas del Rey Católico ⁵⁶. Por aquella altura, no obstante, las incursiones castellanicas tenían como objetivo recrecer los ánimos felipistas en Portugal, ya que la muerte de D.João IV a fines de 1656 había dejado tras de sí una difícil regencia, en manos de su viuda y con un príncipe tarado mental. Con este panorama no era imposible imaginar un nuevo golpe en Lisboa que, al calor de algo parecido a una invasión desde Extremadura, lograra devolver el reino a Felipe IV ⁵⁷. La nula respuesta hallada por los castellanos entre la población fronteriza convenció a Madrid de que la guerra de conquista sería el único medio de reintegrar a Portugal ⁵⁸. Cuando esta decisión maduró, lo que realmente se echó en falta fueron hombres y navíos. En una palabra, dinero.

establecido por la bibliografía actual, debe indicarse que en la primavera de 1641 Madrid ordenó hacer preparativos en todas las fronteras con Portugal para proceder a su inmediata invasión, lo que fue impracticable debido al pésimo estado de las fuerzas disponibles y a los turbios acontecimientos de la conjura austracista descubierta en Lisboa en julio. La documentación sobre esta campaña *non nata* en A.G.S., Guerra Antigua, leg. 1556, y A.C.D.A., Alba, Caja 14.

⁵⁴ «Yo estimo los negocios de Cataluña y Portugal como a dos palmas juntas, que si se arranca la una, se cala la otra; si Cataluña se reduce, Portugal perece». Real Academia de la Historia, Madrid (RAH), Ms. 9/88, fol. 42, el conde de la Roca a D. Luis de Haro, Venecia, 14/IX/1641.

⁵⁵ A.G.S., Embajada de España en La Haya, leg. 474, D. Alonso de Cárdenas a Antonio Brunn, Londres, 21/III/1653, y A.C.D.A., Carpio, Caja 129, fols. 454-455, D. Luis de Haro a Felipe IV, Fuenterrabía, 26/X/1659.

⁵⁶ «Con dificultad, de la conquista de una plaza sola habrán podido resultar mayores consecuencias para una guerra, porque cubre enteramente el Andalucía y toda la parte de Extremadura que está de Guadiana acá». R.A.H., Ms. 9/91, fols. 122-122v, D. Luis de Haro a D. Juan José de Austria, Madrid, 5/VI/1657. Poco después, el embajador luso en Londres se burlaba de la importancia que los propagandistas españoles daban a la caída de Olivenza, puesregonaban el hecho «como se nos ouverão tomado una provincia». FERREIRA REBELO, F., *Correspondencia diplomática. Londres, 1655-1657* (Coimbra, 1982), pág. 148. El valor real de Olivenza no era, efectivamente, tan alto como afirmaba Haro.

⁵⁷ R.A.H., M.S. 9/91, fol. 109, D. Luis de Haro a D. Juan José de Austria (sin fecha, pero de 1657).

⁵⁸ En el otoño de 1658, las tropas felipistas, comandadas por el propio D. Luis de Haro, se adentraron en el Alentejo «deseando ver si, con el apoyo de nuestro Ejército, el país hacía algún movimiento. Pero esto no ha bastado para que ni el país, ni una sola villa, ni un hombre hayan venido a dar la obediencia, ni hecho alguna declaración, con que se ha tomado el conocimiento de que en esta guerra no hay que fundar ninguna esperanza más que en la fuerza». SHM, Colección Aparici, t. XXVI, fol. 342, D. Luis de Haro a Felipe IV, Campo sobre Elvas, 23/X/1658.

Hispania, LVI/2, núm. 193 (1996) 517-539

Que sepamos, el primer proyecto global para abortar la rebelión portuguesa es el del ya mencionado D. António da Cunha y Andrada. En noviembre de 1641 presentó su plan al atribulado Olivares, consistente en cerrar al comercio los puertos lusos mediante el empleo de los corsarios flamencos. La falta de suministros y el colapso del tráfico europeo y colonial de Lisboa acabarían por asfixiar en breve al régimen Bragança. El «Proyecto Andrada», sin embargo, no aportaba nada original respecto a la estrategia ya iniciada por Madrid, pues en enero de aquel año Felipe IV había decretado el bloqueo comercial de Portugal y sus *conquistas*⁵⁹. Sin embargo, el documento suministró muchos datos relativos al litoral luso, por lo que no cabe argüir que desde aquel momento se operase en Madrid con ignorancia respecto a enclaves tan importantes como Viana, Porto o la misma Lisboa.

Las opiniones ligadas a la guerra terrestre fueron más abundantes. En 1648, un tal Ladrón de Villegas, portugués, propuso un plan —con cierto tufo a arbitrio— basado en tres puntos: un aumento en la oferta de mercedes para atraer a los bragancistas («*Portugal no se puede ganar sin Portugal*»), un incremento de la caballería en el frente y la sustitución de los asedios por las batallas abiertas, con el fin de acabar de golpe con las fuerzas enemigas y promover la confusión entre el pueblo, con lo que el camino hasta Lisboa se convertiría en un paseo triunfal⁶⁰.

A pesar de la tosquedad del «Proyecto Villegas», aquí sólo esbozado, en él ya se planteaba lo que sería el gran dilema de aquella guerra: la elección de la ruta de entrada en Portugal. Los defensores de la vía extremeña repetían hasta la saciedad el éxito obtenido por Alba en su gloriosa operación anfibia de 1580. Sin duda, demostraron su poder de convicción: de hecho, tal fue la táctica que Felipe IV mandó seguir desde 1640, obnubilado —él y sus ministros— por la hazaña de su abuelo⁶¹. Su obstinación se mantuvo durante las

⁵⁹ A.G.S., Guerra Antigua, leg. 1374, Junta de Ejecución, 10/I/1641. El bloqueo fue burlado durante toda la guerra, para desesperación de Madrid. Como ejemplo véase nuestro trabajo «El comercio clandestino luso-andaluz en el contexto de la guerra hispano-portuguesa (1640-1668)», *Andalucía Moderna* (Córdoba, 1995), vol. II, págs. 473-482.

⁶⁰ B.N.M., Ms. 2373, fols. 165-184, «*Manifiesto sobre la conquista de Portugal*». Además de contar con una buena armada, el ejército invasor debería reunir como mínimo 15.000 infantes y 12.000 caballos. De hecho, las fuerzas montadas crecieron más que la infantería durante la guerra por ser la mejor defensa ante las incursiones enemigas, como se explica en AGS, Guerra Antigua, leg. 1615, Junta de Guerra de España, 23/IV/1646. Pero con ello se creó un grave problema de mantenimiento al faltar el pasto suficiente durante los rigurosos veranos extremeños. CÁNOVAS DEL CASTILLO, *op. cit.*, t. I, págs. 210-213.

⁶¹ Según NOVOA, apenas se supo en Madrid lo ocurrido en Lisboa comenzó a discurrirse «*por dónde había de ser entrado*» el Portugal rebelde. «*Sacaron —añade— al diligentísimo y admirable historiador Gerónimo Franqui en su libro «Unión de Portugal a Castilla» para ver cómo se hizo la guerra, por qué partes, con qué armas, con qué gente y con qué número de galeras*». *Memorias*, pág. 397. La cita se refiere a Geronimo de Franchi CONESTAGIO, autor de la famosa *Historia dell'Unione del Regno di Portogallo alla Corona di Castiglia* (Génova, 1585). Es evidente que los sucesos de 1580 fueron, desde el inicio de la guerra, el modelo a seguir por los consejeros de Felipe IV.

campañas que transcurrieron de 1657 a 1665, lo que le valió perder la vida y Portugal casi al mismo tiempo. Quien más alto y más claro abogó por esta opción fue el duque de San Germán, general con larga experiencia en Extremadura. Fue él quien decidió el destino de la guerra portuguesa ⁶².

Que se levantaran críticas contra esta elección es algo que, a la luz de los fracasos cosechados, no debía sorprender a nadie. Sobre todo, tras el repliegue que siguió a la pérdida de Évora (junio de 1663) fue cuando los partidarios de la ruta castellana alardearon más de su alternativa. Entre estos se hallaban el duque de Osuna —Capitán General del distrito de Ciudad Rodrigo— y su Maestro de Campo, el genovés D. Gaspar Squarzafigo, marqués de Buscayolo. Ambos, cansados del segundo rango al que se les había condenado, intentaron por su cuenta hacer de la frontera a su cargo una línea ofensiva mediante el asalto a la plaza de Castelo Rodrigo en 1664, cuyo fracaso costó a Osuna la apertura de un proceso ⁶³. Con motivo del viaje que Buscayolo realizó a Madrid para dar cuenta de lo sucedido, Felipe IV, tal vez impresionado por la vehemencia con que el italiano defendía sus opiniones, le encargó la redacción de un parecer sobre la guerra de Portugal. El «Proyecto Buscayolo» que resultó de ello constituye la alternativa más original de cuantas se ofrecieron al ya achacoso monarca y, desde luego, la más atrevida ⁶⁴.

⁶² El discurso de San Germán en favor de la ruta extremeña —practicada sin éxito por D. Luis de Haro, D. Juan José de Austria y el marqués de Caracena, sucesivamente—, alegaba que, además de ser ésta la vía más corta para alcanzar Lisboa, «le asisten las conveniencias de tener cerca Andalucía, el Mar Mediterráneo —por donde vienen los socorros de Italia y Alemania hasta Sevilla—, y la Armada Real en Cádiz, que puede correr hasta Setubal y Boca del Tajo». Proponía un plan de operaciones basado en dos campañas: en la primera se ocuparía el Alentejo, granero de Portugal, para alojar allí al ejército —lo que implicaba tomar Évora—; al año siguiente se daría el asalto a Lisboa en coordinación con la armada. Tal fue el plan seguido por D. Juan José de Austria en 1663, que tan desastroso final tuvo para los castellanos. A.G.S., Guerra Antigua, leg. 2004, el duque de San Germán a Felipe IV, Madrid, 25/X/1662. Otros proyectos en favor de la misma ruta, con ligeras variantes, en RAH, Colección Salazar y Castro, Ms. K-20, fols. 174-189v, «Discurso del capitán D. Pascual de Bohórquez», 5/VIII/1660, y Ms. U-10, fols. 273-274v, «Discurso Político del capitán D. José Pujol» (sin fecha, ¿1664?).

⁶³ El acta de acusación final contra el duque incluyó treinta cargos, de los que fue absuelto en su mayoría. Fue publicada por ESTÉBANEZ CALDERÓN, *op. cit.*, vol. II, págs. 315-342. Sobre los motivos del asalto a Castelo Rodrigo y las causas del fracaso, contamos con el relato del propio Squarzafigo, recogido en sus *Opúsculos del Marqués de Buscayolo* (Valencia, 1669), págs. 249-270. Naturalmente, no es fácil dilucidar hasta qué punto los generales buscaban dar prioridad a su distrito por razones tácticas o por interés personal. Más bien por ambas cosas.

⁶⁴ El proyecto, titulado «Discurso sobre la conquista del reino de Portugal», fechado en Madrid el 6 de octubre de 1664, está incluido en sus *Opúsculos*, págs. 271-308. Squarzafigo conocía el terreno que pisaba. Tras haber servido en el ejército de Milán, pasó al frente de Galicia hacia 1660, cuando, desde Flandes e Italia, fueron transferidas varias unidades veteranas a Extremadura. En esta guerra destacó como ingeniero —de hecho, en 1669 ocuparía el cargo de Superintendente de Fortificaciones de Castilla. En el distrito de Ciudad Rodrigo sirvió bajo el mando de Osuna, y en 1665 acompañó al marqués de Caracena en la última ofensiva contra Portugal. Presente en el desastre de Vila Viçosa, no dudó en responsabilizar al marqués por su equivocada táctica. *Opúsculos*, págs. 11-23.

La innovación y la sorpresa eran los componentes básicos de su propuesta. En principio, había que ser conscientes de que la situación de 1664 no era la de 1640 ni, mucho menos, la de 1580. Intentar la invasión de Portugal por la ruta extremeña tal vez hubiera sido factible al inicio de la sublevación, cuando el espejismo del «efecto Alba» era tan real en Madrid como en Lisboa. Pero veinte años después Felipe IV se enfrentaba a una nueva generación del grupo dirigente luso, cuya memoria se nublaba al tratar de recordar el viejo poderío Habsburgo ⁶⁵.

El nuevo plan a seguir consistía en invadir Portugal desde la frontera de Castilla, con escaso apoyo naval —ante la reducida armada disponible— y a lo largo de tres años ⁶⁶. Para ello, sería necesario reunir un ejército de 24.000 infantes y 12.000 caballos, traídos de Italia y Flandes, y hacer correr la voz de que la ruta de ataque sería de nuevo Extremadura. Durante un par de años no se realizarían más que simples escaramuzas, con el fin de convencer al enemigo de la debilidad española. Al tercer año se entraría en acción desde Ciudad Rodrigo, para dirigirse después a Coimbra y desde allí a Lisboa, lo que dejaría incomunicadas las fuerzas portuguesas del norte con las del sur ⁶⁷. Ante la llegada de las tropas felipistas a la capital, «no habrá nadie que niegue que Lisboa, ciudad grande e indefensible, llena de pueblo tumultuoso e inobediente que prefiere su seguridad a cualquier otro respecto, aclamará el Real nombre de Vuestra Majestad» ⁶⁸.

Los supuestos que llevaban a defender esta ruta eran, para Squarzafigo, los de la evidencia histórica. En 1383 éste había sido «*el paraje que prudentemente eligió Don Juan el Primero*», que tan rápidamente logró llegar hasta Lisboa. Sin embargo, dos prejuicios impedían secundar su ejemplo. Por un lado, el «síndrome de Aljubarrota», que hacía temer a los castellanos un fin tan poco memorable como aquél ⁶⁹. Por otro, el «efecto Alba», que mantenía ciegos a los estrategas de Madrid pese al abismo de circunstancias que separaba aque-

⁶⁵ «*La juventud portuguesa, que no ha respirado otro aliento que el de la rebelión, pelea por la Patria y la Justicia, supersticiosa por los creídos milagros, altiva por los favorables sucesos, alentada por los extranjeros socorros, asegurada por lo que interesan los Príncipes en su alienación*». *Opúsculos*, pág. 273.

⁶⁶ Sobre el papel de la fuerza naval, decía Squarzafigo: «*No niego qué importantísimo será siempre poseer el Imperio de la mar, pero no concedo que sea razón que toda la empresa dependa del arbitrio del Océano*». *Opúsculos*, pág. 275.

⁶⁷ Para Squarzafigo no había dudas sobre la conveniencia de partir desde Castilla: «*Es provincia rica para todo género de víveres, forrajes, pertrechos, carros, acémilas y otras provisiones. Goza de cielo abierto y saludable, utilísimo a la conservación del Ejército. El camino hasta Coimbra es descubierto y no se opone paso ninguno difícil de vencer*». *Opúsculos*, págs. 294-295. No debe olvidarse que uno de los grandes problemas para sostener el ejército en Extremadura fue la imposibilidad de abastecerlo con la producción local, del todo insuficiente.

⁶⁸ *Opúsculos*, págs. 297-298.

⁶⁹ Ante ello, replicaba Squarzafigo: «*No obsta que se perdiese la batalla de Aljubarrota. Lo que se ha de ponderar es que el Maestre de Avis no pudo hacer oposición hasta la cercanía de Lisboa*». *Opúsculos*, pág. 297. El «síndrome de Aljubarrota» tenía una doble lectura, política y militar. Madrid tendía a limitarse a la primera —aquella derrota supuso entonces lo que volvería a suponer

lla empresa de la que ahora debía acometerse. Era, pues, el momento de enterrar los fantasmas del pasado ⁷⁰.

Queda por saber cuál fue el motivo que llevó a Felipe IV a no dar oídos al «Proyecto Buscayolo», defendido por el ofuscado duque de Osuna hasta el final de la guerra ⁷¹. Aquella inteligente propuesta, irreprochable sobre el papel, tal vez sonase demasiado innovadora e implicase el riesgo de padecer mayores desastres que los experimentados hasta la fecha. Pero el motivo que más debió de influir en el rey para rechazarlo fue el convencimiento de que ni por Castilla ni por Extremadura podría ya evitarse el cáliz amargo de la separación de Portugal. Porque, en contra de lo que siempre se ha creído, tras la pérdida de Évora en 1663 —hecho que supuso el verdadero fin de la guerra para Madrid—, Felipe IV se resignó a negociar una tregua con el auxilio de la mediación inglesa. Ello ocurrió el 17 de junio de 1665, el mismo día en que sus tropas —sin que él lo supiera— eran aplastadas en Vila Viçosa ⁷². Aquella claudicación fue el bálsamo por el que la Monarquía —y algún que otro ministro— imploraban desde hacía años ⁷³. Parece lógico pensar que la última batalla dada al enemigo no buscaba la imposible recuperación de Portugal, sino poder negociar con Lisboa en las mejores condiciones posibles ⁷⁴.

* * *

ahora: la independencia de Portugal. El estratega italiano, ajeno a este problema, insistía en la segunda: desde una visión puramente táctica, era cierto que Aljubarrota podía volver a ser escenario de una batalla crucial, pero tan favorable a los castellanos como perjudicial para los portugueses.

⁷⁰ «Puede establecerse este axioma. Para llegar a Lisboa por fuerza de armas y con oposición, el camino más cierto es el de Castilla y por la Beira. En pudiéndose llegar a Lisboa sin armas y con negociaciones y con asistencia de Armada, es elegible el de Extremadura, que es más corto». *Opúsculos*, pág. 298.

⁷¹ En marzo de 1666, Osuna expuso a la Reina Regente una variante del plan de Squarzafigo para invadir Portugal en dos campañas: una primera serviría para llegar hasta Lisboa, y la segunda para rendirla mediante asedio terrestre y naval. ESTÉBANEZ CALDERÓN, *op. cit.*, vol. II, págs. 379-391.

⁷² «He encargado —escribió Felipe IV— se encomienden a Nuestro Señor los buenos sucesos del Ejército, y siempre que se abriese camino para una tregua decente, se podrá entrar en la plática de ella para llegar a su efectación en forma conveniente, por reconocer que obliga a ello el estado en que nos hallamos». A.G.S., Estado, leg. 2535, Felipe IV a la Junta de materias sobre Inglaterra, 17/VI/1665.

⁷³ D. Ramiro Núñez de Guzmán, duque de Medina de las Torres, fue quien más presionó a Felipe IV —y luego a su viuda— para poner fin a la guerra de Portugal. Véase STRADLING, R. A., «A Spanish Statesman of Appeasement: Medina de las Torres and Spanish Policy, 1639-1670», *Historical Journal*, XIX (1976), págs. 1-31.

⁷⁴ El objetivo militar de la campaña de 1665 era tomar Vila Viçosa para poder alojar parte del ejército en el Alentejo y aliviar a Extremadura. ESTÉBANEZ CALDERÓN, *op. cit.*, vol. II, págs. 254-259, 343-354 y 392-397. El desastroso final, cuyo responsable fue el marqués de Caracena, motivó un agrio debate entre los partidarios y los detractores del general. Como ejemplo, B.N.M., Ms. 2392, fols. 152-163, «Respuesta de un soldado del Ejército de Extremadura a una carta de un Ministro de Madrid» (sin fecha).

Hispania, LVII, núm. 193 (1996) 517-539

Naturalmente, resulta aventurado opinar que si Felipe IV hubiera vivido más él mismo habría firmado algún tipo de acuerdo con los portugueses, de igual modo que en 1648 había sellado la paz con las Provincias Unidas. Si no lo hizo, tal vez fuese por no soportar la humillación de pasar a la Historia como responsable de una nueva versión de la Tregua de 1609 o, todavía peor, como el rey que había dejado perder dos valiosas piezas de su Monarquía⁷⁵. La renuncia a los principios de la tradición y el dinasticismo tenía sus límites. Felipe IV, que había gobernado sobre una Península unida y visitado, siendo príncipe, la hermosa Lisboa en compañía de Olivares, aceptó su derrota en Portugal, pero su espíritu fue incapaz de ir más lejos y no la ratificó.

En última instancia, el problema hundía sus raíces en la convicción de que con la pérdida de Portugal se diluía la plenitud del imperio Habsburgo mediante un retroceso territorial de casi un siglo, por no hablar de los efectos económicos y políticos. Con agudeza, también desde fuera de la Monarquía se advirtió la trascendencia de aquella derrota. En Inglaterra, por ejemplo, la opinión pública sentenció que, con la desagregación de aquel reino, los Austrias de Madrid tendrían que enterrar para siempre sus aspiraciones a la «Monarquía Universal», juicio ausente, incluso, cuando se celebró el concierto hispano-holandés de 1648 o la paz de los Pirineos con Francia en 1659⁷⁶.

La principal consecuencia de la crisis peninsular de 1640 fue la ruina de la política imperialista de Madrid —aquello que la liturgia oficial insistía en llamar *conservación*. Desde aquella fecha, «España» pasó, como centro del sistema, al primer plano de la política de Madrid, en un intento desesperado por recomponer una Iberia desarticulada sin la cual la gran estructura hegemónica ideada por Felipe II quedaba al borde de su disolución. Acaso no hubo guerra en la historia de la Monarquía Hispánica con móviles tan conocidos ni objetivos tan meridianos como la «Empresa de Portugal». De algún modo, la tragedia de Madrid en los años decisivos (1660-65) vino motivada por una serie de circunstancias insuperables, como la internacionalización del conflicto —con la alianza anglo-portuguesa al frente—, la indiferencia de los reinos peninsulares —anuncio del protagonismo periférico del resto del siglo—, y la desasistencia aliada, en especial desde Viena, deseoso el emperador de que sus parientes de Madrid cerrasen el frente luso para reiniciar el tradicional hostigamiento a Francia desde los Países Bajos⁷⁷.

⁷⁵ Así lo creyó el embajador veneciano en Madrid. En una conversación con su homólogo florentino, le aseguró que el principal obstáculo para que Felipe IV se aviniese a la paz con Lisboa era «*lo scrupolo che ha concepito Sua Maestá di screditarsi appreso il Mondo mentre si dovesse dire che in vita sua si fosse aggiustato con due Ribelli della sua Corona*», en clara alusión a Holanda y Portugal. A.S.F., Mediceo, filza 4977, V. di Castiglione al Gran Duque de Toscana, Madrid, 31/XII/1664.

⁷⁶ Véase, PINCUS, S. C. A., «Popery, Trade and Universal Monarchy: the ideological context of the second anglo-dutch war», *English Historical Review*, CVII (1992), págs. 1-29, en especial págs. 20-26.

⁷⁷ A.G.S., Estado, leg. 2381, Consejo de Estado, 11/XI/1666. Sobre ello hemos abundado en nuestro estudio *Inglaterra, Portugal y la Monarquía Hispánica. Felipe IV y la Alianza Anglo-Portuguesa (1640-1670)* (2 vols.) (Madrid, 1992). Tesis Doctoral inédita.

Curiosamente, si el esfuerzo para recuperar Portugal se mantuvo durante 27 años en aras de apuntalar el sistema imperial hispánico, fue esta misma lucha la responsable de asestar el golpe de gracia al poder Habsburgo en Europa —y en ultramar. En este sentido, y pese al valor que representaba la Corona lusa para Madrid, no hay duda de que faltó sentido de la realidad al no intentarse, al menos, una política más acorde con las fuerzas disponibles. Una vez más, Madrid, que era capaz de dar muestras de un acendrado pragmatismo a la hora de usar todo tipo de medios, careció de él cuando llegó el momento de alterar sus fines. Es posible que Felipe IV y sus ministros hubiesen interiorizado su propia retórica a fuerza de repetirla, haciendo de la propaganda un programa de gobierno. O tal vez sucedió a la inversa: no es sencillo establecer el límite entre ambos campos. En la cuestión portuguesa, no obstante, política exterior e interior coincidían, lo que dificultó aún más la elección del camino. Desde luego, es más fácil para nosotros que para nuestros antepasados advertir las consecuencias que aquella política tuvo para la Monarquía. Pero hasta que no sepamos cómo y por qué el peso de la tradición Habsburgo bloqueó la puesta en práctica de otras alternativas, y hasta que éstas —en especial, las del período 1640-1700— dejen de estar en la sombra, seguirá siendo legítimo interrogarse sobre el penoso papel jugado por la «tradición» en el declive de un imperio cada vez más enflaquecido. Dejando la tarea pendiente para la Regencia que le sustituiría, Felipe murió sabiendo que Portugal no se recuperaría jamás y que, a causa de ello, la grandiosa herencia recibida en 1621 había dejado, sencillamente, de existir.